

María Cristina Rosas
Profesora e investigadora en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.
mccrosas@tutopia.com

Esperanto: ¿Uno de tantos inventos?

Diversaj nacioj de la mondo konstruas i tiun skulpta on en la nomo de tutmonda patrineco kaj amo kaj la kuraca forto de muziko. Con esta frase comienza el recordado video Teaser con el que Michael Jackson promocionó el lanzamiento de su álbum HIStory: Past, Present and Future, Book I en 1995. En él aparece una gigantesca estatua del propio rey del pop – replicada con el enigmático Coloso, a quien millones de mexicanos vieron alzarse en el Zócalo de la ciudad de México la noche del 15 de septiembre de 2010–. El concepto del video recibió críticas que exaltaban el presunto perfil estalinista y totalitario de Jackson. Nada más alejado de la realidad. La frase arriba referida significa: diversas naciones del mundo construyen esta escultura en el nombre de la maternidad mundial y el amor y la fuerza curativa de la música. La frase original, dicho sea de paso, se encuentra en esperanto, ese idioma artificial surgido de la idea de lograr que la humanidad hablara una misma lengua y lograra, así, resolver sus conflictos.

Temas relacionados

El deber con uno mismo

Ernesto Villanueva, 21 de julio, 2010

China: el número uno

Rubén Aguilar Valenzuela, 27 de octubre, 2010

Tres, dos, uno... ¡TV México!

Purificación Carpintero, 17 de junio, 2010

Música en el Cine (Uno)

Leyla Méndez, 11 de octubre, 2010

México, uno de los países con más usuarios en Twitter

etcétera, 15 de enero, 2010

¿Curar o acatar? ¿Dejar morir o secuestrar?

Ciro Gómez Leyva, 22 de julio, 2010

Seguridad: ¿Y aquel acuerdo?

Héctor Aguilar Camín, 8 de julio, 2010

Foro de opinión: ¿Qué opina de la entrevista que realizó la revista Proceso al Mayo

Zambada?

etcétera, 6 de abril, 2010

Gabino Cué: ¿transición?

¿hacia dónde?

Emilio Álvarez Icaza, 22 de octubre, 2010

En la actualidad existen unas 6 mil lenguas en el mundo. Muchas, con el tiempo –explica John McWorther–, desaparecerán, presumiblemente porque serán desplazadas por idiomas dominantes por diversos factores –políticos, económicos, etcétera–.¹ Esta situación coloca a las lenguas a la par de los organismos vivos, dado que nacen, crecen, y, eventualmente, mueren. ¿Cómo nace una lengua? O mejor aún ¿cuál es la lengua “madre”, aquella de la que emanan las 6 mil que son habladas en la actualidad? McWorther se ha dado a la tarea de investigar en torno a la lengua de Adán y Eva, pero la dificultad real para dilucidar sus características estriba en la falta de registros por escrito. Ello, por supuesto, no desalienta a los lingüistas, quienes han tratado de recrear, de diversas formas, la manera en que se comunicaban los primeros seres humanos. Este debate es también importante, porque hay corrientes de especialistas preocupados por preservar –o más bien, registrar– para la posteridad, las lenguas actuales, de manera que en el futuro, los descendientes de cierta comunidad que deseen aprender o por lo menos conocer los rasgos de las lenguas de sus ancestros, puedan hacerlo. Claro que el valor de cada lengua va más allá del simple ejercicio de “preservarla” para la posteridad, dado que no tiene sentido hacer un museo en el que se muestren idiomas “exóticos” descontextualizados de las realidades sociales.

En cualquier caso: la humanidad ha sido testigo del nacimiento, crecimiento y muerte de numerosas lenguas “naturales” a lo largo de la historia. Por “natural” se entiende que se trata de aquellas que no fueron “planeadas”, sino que simple y llanamente surgieron y evolucionaron de cara a las necesidades de comunicación de las sociedades. Sin embargo, hay otra historia, la de las lenguas “artificiales”, las que fueron creadas deliberadamente por “alguien”, por las razones más variadas, desde la simple diversión hasta la búsqueda de la paz mundial. En este último caso se encuentra el esperanto, la más famosa, aunque en modo alguno se trata de la única.

Inventando una lengua

Es una creencia ampliamente compartida por las sociedades que el móvil de cualquier invención parte de las necesidades y las carencias. Así, por ejemplo, el avión fue inventado ante la necesidad de acortar distancias. Otro tanto se puede decir del automóvil. Pero los inventos pueden ser también el resultado de la disponibilidad de recursos. El doctor Percy Spencer, ingeniero al servicio de la empresa Raytheon, creó el horno de microondas cuando estaba probando un tubo al vacío y un dulce que portaba en su bolsillo se derritió. Al hacer pruebas con otros alimentos, descubrió que se calentaban, cocían y/o derretían con el procedimiento. Al final, el horno de microondas vino a resolver la necesidad de preparar alimentos rápidamente, aun cuando antes de su creación existían otros insumos para cocinar.



La invención de una lengua es un proceso semejante a la creación del horno de microondas. Cuando éste vio la luz en 1946, ya existían anafes, fogones y estufas, amén de que yendo muy atrás en la historia humana, con el descubrimiento del fuego, las sociedades lo aplicaron no sólo para ahuyentar a las fieras sino para la cocción de los alimentos. Con las lenguas artificiales, toda proporción guardada, ocurre algo semejante. Con anterioridad a su invención, existían diversas lenguas “naturales” con las que las diversas sociedades se comunicaban. Pero al igual que con el horno de microondas, la invención deliberada de una o varias lenguas se consideraba necesaria, al menos por algunos, en aras de mejorar la comunicación.

La doctora Anka Okrent, en un divertido análisis acerca de la historia de las lenguas inventadas, presenta en orden cronológico 500 de ellas, aunque hay muchas, pero muchas más.² El registro más antiguo data de 1150 de la era cristiana, a cargo de Hildegard von Binden, inventor de la lingua ignota. En la cronología se observa una proliferación impresionante de lenguas artificiales en los siglos XIX y

XX. Sólo para dar al lector una idea de esta “fiebre” por crear idiomas, en 1887, año en que el doctor Ludwig Lazarus Zamenhof dio a conocer la invención que le ganó fama mundial, el esperanto, otras siete lenguas vieron la luz: el balta, creado por E. Dormoy; el bopal, de M. Streiff, la kokographie, de F. Friedrich, el nuvo-volapük, de A. Kerchoffs, la pasilingua hebraica, de F. Lenz, el visona, del doctor Sivartha; y el weltsprache de N. Eichhorn.

¿Quiénes y por qué inventan lenguas?

Podría pensarse que quienes se dan a la tarea de crear una lengua, lo hacen porque tienen mucho tiempo libre. En algunos casos, esta aseveración puede ser cierta. Como se sugería líneas arriba, muchas lenguas son inventadas por diversión. Es el caso del klingon, lengua que hablan los personajes del mismo nombre en “Viaje a las estrellas”, fue diseñado en sus orígenes por uno de los guionistas de la serie, Geen Coon. Deliberadamente se le concibió

como un idioma de otro mundo, extraterrestre pues. En su página en la red, se afirma que el klingon es el idioma de más rápido crecimiento en la galaxia (<http://www.kli.org>).

El escritor y filólogo inglés John Ronald Reuel Tolkien, autor de El señor de los anillos, sostenía que la invención de lenguas va de la mano de la mitología con la que se les asocia. En otras palabras: para que una lengua artificial pueda “vivir”, requiere que se construya un mito en el que se le emplee. Predicando con el ejemplo, Tolkien creó el quenya y el sindarin en 1955, amén de que inventó un script, el tengwar –como el que se puede observar en el famoso anillo de “El señor de los anillos”. Por lo tanto, si el esperanto, el volapük, el latinesco, el espo, el ost, el anglido, el cosman, el neolatino, el mundial, el susal, el neo, el svaslav, el latini, el maryala y el auxilia quieren trascender, necesitarían inventar leyendas que los nutran, al decir de Tolkien.

Claro que además del perfil lúdico de numerosas lenguas artificiales, está la percepción de que hay problemas en el mundo que podrían solucionarse si todos hablaran el mismo idioma. En esta línea se encuentra el esperanto. Así Zamenhof explicaba, a propósito de la motivación que tuvo para desarrollar una iniciativa tan ambiciosa, que el pueblo en que nació en 1859, Bialystok –que hoy se encuentra en Polonia– “marcó el camino para todos mis objetivos futuros. En Bialystok la población estaba constituida por cuatro elementos distintos: rusos, polacos, alemanes y judíos. Cada uno hablaba una lengua por separado y desarrollaba relaciones hostiles con los otros. En esa ciudad, más que en ningún otro lugar, una persona sensible podía sentir la profunda tristeza derivada de la diversidad de lenguas y se convencería a cada paso de que es la única, o al menos la principal fuerza que divide a la familia humana en partes enemigas. Yo me convertí en idealista; me enseñaron que todos los hombres eran hermanos, y al mismo tiempo todo lo que veía en las calles me hacía sentir que no existen los hombres así. Esto siempre torturó mi joven alma, aunque muchos se habrán burlado de esa agonía en mi mundo infantil. Porque en ese tiempo yo pensaba que los adultos tenían una especie de poder omnipresente. Así que me prometí que cuando creciera, destruiría ciertamente ese demonio”.³

Pero Zamenhof no era el único que se sentía mal por los desencuentros en el seno de la sociedad que lo vio nacer y crecer. En el siglo XIX se habían desarrollado múltiples iniciativas encaminadas a crear mecanismos de cooperación entre las personas, ante lo que se percibía como “incapacidad” de parte de los gobiernos para prevenir los conflictos. El siglo XIX, en el que se realizaron reacomodos entre las diversas potencias europeas, la confrontación característica de los Estados- naciones llevó a una proliferación de organismos no-gubernamentales (ONGs) que trataban de resolver problemas concretos que enfrentaba la sociedad y que los gobiernos, presumiblemente, no podían afrontar adecuadamente.

Siguiente